

FLANAGAN DE LUXE

Capítulo 1: Ya empezamos

Mediodía del último día de julio, lunes.

En el rincón más oscuro del sótano, sede social de la Agencia de Investigaciones Flanagan.

Allí se suponía que no hacía tanto calor como en el resto del edificio, pero yo estaba derrengado en una silla, derritiéndome como mantequilla en un horno, mientras dictaba el informe definitivo para una de nuestras clientas.

Bajo la luz del flexo, a unos cuantos grados más de temperatura, mi hermana Pili le daba a la prehistórica Olivetti portátil. Mis ahorros no me alcanzaban todavía para comprar un ordenador. Arranqué un *kleenex* de la caja de cartón, me limpié el sudor e interrumpí el dictado para gritar:

—¡Socorro, nos ahogamos, nos falta aire! ¡Estamos en un submarino hundido!
—Fingía el mugido de la alarma de un submarino de película—: ¡Ahuuh, ahuuuh!
¡Abra una ventana, Kowalski, que pase un poco de fresco!

—Venga —me apresuraba mi hermana—, déjate de tonterías y acabemos de una vez, que tengo prisa.

Por primera vez en su vida, mi hermana tenía novio. Eso siempre suele interferir negativamente, incluso en unas relaciones tan cordiales como las nuestras. Era como si hubiera madurado de repente. Al menos, pronunciaba la palabra «tonterías» exactamente como la pronuncian los adultos más amargados.

—¿Dónde estábamos? —pregunté.

Pili manifestó su impaciencia chascando y soltando un contundente taco de carretero. Me suplicó que estuviera por la faena.

La verdad es que yo estaba muy disperso. Y no solo por culpa del calor.

El círculo de luz del flexo abarcaba la cabecita aplicada de Pili, la máquina verde, los folios, una porción de archivador metálico donde se atesoraba toda la información de mis clientes y una esquina de la plancha de corcho donde iba pegando con chinchetas papelitos con las más diversas anotaciones y garabatos. Uno decía: «En caso de incendio, véase al dorso» y, si mirabas el dorso, podías leer: «Ahora no, burro, en caso de incendio». En otro, había escrito: «¡Importantísimo!», y un número de teléfono que ya no recordaba a quién pertenecía. Había fotos de un par de los actores

predilectos de Pili y de una de mis actrices adoradas. Y, en lugar preferente, una Polaroid, a todo color, que representaba a una quinceañera guapísima, pelirroja, en bikini, que se alborotaba el pelo con una mano y mantenía flexionada la pierna izquierda, con el pie a la altura de la rodilla derecha, en postura de chica de calendario.

Aquella quinceañera guapísima se llamaba María Gual, se empeñaba en ser socia de mi negocio y decía que bebía los vientos por mí.

—Venga, Juan —insistió mi hermana Pili, con la última pizca de paciencia que le quedaba—. Que es para hoy.

—Ah, sí, ¿dónde estábamos?

—¿Otra vez?

Yo tenía la mente monopolizada por María Gual. Todos los caminos llevaban a María Gual.

Si pensaba que mi pobre hermana debería estar haciendo manitas por ahí con su novio, se me ocurría que, en su lugar, podría estar redactando el informe María Gual, puesto que se empeñaba en ser mi socia.

Si me sentía cansado y aburrido y ansiaba las vacaciones, me deleitaba con el pensamiento de que, dentro de una semana, nos iríamos María Gual y yo (¡y sus padres!) a pasar unos días a la casa que tenían en Viladrau, en pleno Montseny. Bosques y ardillas y orugas urticantes y piedras y otras cosas exóticas por el estilo.

Si dejaba la mente en blanco, el vacío se llenaba en seguida con la imagen seductora de aquella tontaina de ocurrencias estrafalarias.

Una noche, la invité a una cena romántica, a la luz de las velas, en una pizzería simpática del centro del barrio y, al despedirnos, en la puerta de su casa, la besé.

En días sucesivos, nos habíamos besado unas cuantas veces más, cada vez con más confianza y más empuje. Estábamos a punto de liarnos. Ella me miraba con los ojos entornados, lánguida, y decía:

—Johnny: bebo los vientos por ti. —Es su manera de hablar.

—¿Quieres decir que te provoco aerofagia?

—No chutes balones fuera, Johnny. Ya sabes a qué me refiero.

Lo sabía, de modo que la avisé:

—No nos compliquemos la vida. Ahora somos amigos y socios, y nos va bien así. Si nos liamos, lo nuestro no durará para siempre. Un día, terminará. Y, entonces, dejaremos de ser novios, amigos y socios.

Aparentemente, María se había resignado, pero no parecía dispuesta a pasar el verano sin pareja. «Es que cuando estoy sola me siento sola», decía, cargada de razón. Y andaba tonteando con unos y con otros.

Y, aun a mi pesar, debo reconocer que no me la podía quitar de la cabeza y que me ponía tan celoso que a ratos estaba seguro de que la odiaba.

Pili me arrancó de mi ensoñación con un grito que casi me tira de la silla.

—¡... Resultando que los anónimos poemas de amor que recibías son en realidad rimas de Bécquer!

—¿Bécquer? —me sorprendí—. ¿Qué quieres decir?

—Bécquer —repitió Pili, mirándome con ansias asesinas—. ¿Te suena? ¡Tú estabas hablando de Bécquer!

—Ah, sí —dije. Claro: el informe. Decidí concentrarme en el trabajo antes de que Pili me rompiera la Olivetti en la cabeza—. Ah, sí —repetí. Me levanté para leer por encima del hombro lo último que había escrito Pili—. «... Resultando que los anónimos poemas de amor que recibías son en realidad rimas de Bécquer...». —Proseguí—: Y, coma, teniendo en cuenta que el mencionado Gustavo Adolfo Bécquer, coma, poeta sevillano, coma, murió en el año 1870, coma, lo que aleja de él cualquier sospecha de ser el responsable de las misivas, coma, dirigí mis investigaciones hacia la biblioteca del instituto. Punto. Resultó que el único alumno que ha retirado últimamente en préstamo las *Rimas* de Bécquer es Jorge Castell, coma, conocido también como el Plasta. Punto. Da la coincidencia de que las páginas en que se hallan las poesías que recibiste, paréntesis, (solo estas y no otras), cierra el paréntesis, tienen huellas indelebles de dedos pringados de chorizo, coma, embutido que el citado Jorge Castell consume en grandes cantidades, coma, y que tal vez sea el responsable de su acné rebelde... —Tecleaba Pili con gran fruición, y casi sin equivocarse—. No, eso del acné no lo pongas, Pili.

Entonces mi madre se asomó a la escalera del sótano y dijo:

—¿Se puede saber qué hacéis ahí? ¡Tu padre te está buscando hace horas, Juanito, para que le ayudes en la barra!

—¡Ya voy, ya voy! —exclamé exasperado.

Nunca he podido conseguir que mis padres respeten mi trabajo de detective privado. Dicen que son tonterías y que lo que yo debería hacer es estudiar y jugar al fútbol, como los otros chicos de mi edad. Bueno, son los otros chicos de mi edad quienes me contratan para que desvele pequeños enigmas que les quitan el sueño. Y me

pagan por ello. Para mis padres tal vez sea una tontería el interés de Lucrecia Pastor por saber quién le escribía aquellos poemas anónimos («Nuestra pasión fue un trágico sainete...», «Los suspiros son aire y van al aire, las lágrimas son agua y van al mar...», «... la he visto y me ha mirado, ¡hoy creo en Dios!»), pero Lucrecia Pastor estaba convencida de que todo su futuro dependía de ellos. Yo había averiguado cuál de los compañeros de clase era el enamorado secreto y creo que eso era bueno para los dos. A lo mejor acababan casándose y me hacían padrino de boda, quién sabe. Hace tiempo que mis padres apenas si tienen que darme dinero para gastos, ¡se están ahorrando una fortuna, gracias a mi modesta profesión! Pero ni por esas. Siempre dicen lo mismo: «Déjate de tonterías y estudia y juega al fútbol como los demás chicos de tu edad».

Claro que, en la práctica de mi profesión, ya me he visto metido en unas cuantas situaciones peligrosas: pandilleros persiguiéndome para zurrarme con una cadena, o *skinheads* decididos a machacarme con sus bates y sus botas, o atrapado en un incendio en un séptimo piso. Me las he visto con traficantes de drogas y con dos asesinos y cosas por el estilo. Después del último desaguisado, tuve que prometer a mis padres que visitaría a un psicólogo. Están convencidos de que algo no funciona dentro de mi coco.

Solo visité dos veces, durante el mes de julio, al doctor Rovira. Los psicólogos en agosto hacen fiesta y aquel no consideró oportuno empezar un tratamiento un mes antes de las vacaciones. Me dijo que no eran mis padres quienes tenían que enviarme al psicólogo. Opinaba que tenía que ser yo quien decidiera si creo que lo necesito o no (supongo que debía de andar sobrado de clientes). Y yo ya he decidido que no lo necesito.

Pobres papás. Supongo que a unos padres como es debido no les pueden gustar demasiado esos sustos que les pego y prefieren dar una paga generosa antes que vivir con el alma en un hilo. Pero yo no puedo evitarlo. Lo mío es vocación.

—Bueno, ¿qué hacemos? —me preguntaba Pili.

—Déjalo —suspiré al fin—. Ya lo terminaremos esta noche.

—Lo terminarás tú, porque esta noche yo me voy a un concierto —me cortó mi querida hermanita con una brusquedad desconocida. Lo que hace el amor. Os juro que, antes de que se echara novio, Pili y yo éramos unos hermanos anormalmente, exóticamente, estrafalariamente bien avenidos. A ver si resultaba que su novio la pegaba.

—Oye, Pili, ¿tu novio te pega?

—Vete al cuerno.

—¿Te saca el dinero que te da papá?

—¿Por qué no te das una ducha de sulfumán?

Debía de ser el calor. Seguro que cuando Caín y Abel empezaron a discutir hacía un calor insoportable. A lo peor, Pili y yo acabábamos igual.

—Bueno, bueno. Pues ya lo terminaré yo esta noche —me resigné.

Apagamos la luz y caminamos a tientas por el sótano hasta la escalera. La estábamos subiendo cuando mi madre se asomó por ella.

—¡Vamos, vamos!

—¡Ya va, ya va! —repliqué en tono de queja—. ¿Es que se quema algo?

—Es que te llaman al teléfono.

Vaya. Al teléfono. ¿Quién sería?

Pensé: «María Gual». Y mi corazón se contrajo. O tal vez se dilató. No sé, el caso es que cada vez que María Gual me llamaba por teléfono tenía un desajuste cardíaco.

Dije:

—¿Diga?

—¿Flanagan? —Me pareció reconocer la voz, pero no era la de María.

—¿Quién es?

Dijo:

—Nines.

—¡Nines! —repetí mecánicamente. Ángeles, Angelines, Nines. Cuando la conocí, durante las Navidades pasadas, me pareció la chica más guapa del mundo. Largo cabello castaño, ojos de color tabaco rubio, labios gruesos y golosos, expresión traviesa, sonrisa adulta. Ropa de marca, moto de 50 c.c., tarjeta de crédito, muy independiente ella, a sus catorce años. Una pija, vale. Pero qué pija. Lo más selecto de su tribu.

—Oye, Flanagan, que necesito tu ayuda...

Me encantaba oír su voz diciendo cosas como aquellas.

La última vez que la vi fue la noche de Año Nuevo. Y, tanto si lo creéis como si no, en aquellos momentos yo iba vestido de esmoquin. Palabra de honor. Me iba un poco grande, pero era un esmoquin. Durante unos cuantos días, había estado seguro de que la amaba locamente pero, en el último momento, justo cuando inaugurábamos año, la dejé plantada y salí corriendo en pos de una morenita que también me traía loco. Juan Anguera, alias Flanagan, alias El Veleta. Y el caso es que planté a Nines porque

consideraba que la veleta era ella. Y salí corriendo tras otra que, a la postre, resultó ser la más veleta del baile. Qué veletas somos los jóvenes.

—¿Necesitas mi ayuda? —¿A pesar de mi desplante, a pesar del chasco que le pegué, continuaba pensando en mí cuando tenía problemas? Hum, interesante.

—Sí. ¿Podemos vernos?

—¡Claro! —Si ella no tenía inconveniente, yo tampoco. No iba a dejarla colgada por segunda vez. Mi código ético no me lo permitía—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—¿Te parece bien en el Tranvía?

—Como en los viejos tiempos.

Habíamos empezado a hacer manitas en un bar llamado el Tranvía. Un bar pijo donde servían sofisticados combinados de jugos de fruta.

—¿A las seis? ¿Esta tarde?

—¿Esta *misma* tarde? —No lo podía creer.

—Esta *misma* tarde.

—Vale.

Colgué el auricular y pensé otra vez en María Gual. ¿Qué me pasaba? ¿A qué venía aquella sensación de loca euforia? Bueno, quizá la aparición de Nines en mi vida fuera providencial. Yo no quería liarme con María Gual, ¿verdad? Eso era lo que le había dicho. El que avisa no es traidor. Mejor seguir siendo amigos y socios, no lo estropeemos y demás monsergas, ¿no? ¿Acaso no ligaba ella con otros compañeros de clase? Pues yo ligaría con Nines. Para que María no tuviera complejo de culpa. Seguro que el doctor Rovira hubiera aplaudido esta terapia.

—¡Vamos, vamos, que estás pasmado! —Ahora era mi padre quien me metía prisa. Anduve hasta el bar—. ¡Recoge esas mesas! ¡Y prepara dos cafés y un carajillo, para esos señores! ¡Venga, venga, con un poco de vida, hijo, que pareces el fantasma de la ópera!

—Vale, vale, papá. Creía que la esclavitud ya estaba abolida.

—¡Ya te daré yo esclavitud!

La presencia de María Gual planeaba sobre mis sentimientos, pero me daba miedo enrollarme con ella, presentía no sé qué clase de trampa en la que no quería caer. Nines me salvaría.

Aunque era lunes, el bar estaba repleto de hombres, parados o jubilados en su mayoría, que jugaban a las cartas o al dominó y comentaban lo mal que estaba el país. Había también algunos trabajadores de vacaciones, que disponían de unos cuartos para

pagarse café y copa y puro pero no para ir a dar la vuelta al mundo en un avión privado. Eso os dará una idea del barrio en que vivo. Barrio periférico de la gran ciudad con unas calles mal asfaltadas, otras sin asfaltar y la mayoría mal iluminadas. Aún no hacía un año que habían derribado las últimas barracas miserables que quedaban en él. Ciudad dormitorio de parados y de obreros.

El caso es que, aquel día, en el bar de mi padre había más trabajo que nunca y el señor Eliseo, que solía ayudarnos en caso de apuro, se había roto una pierna y no podríamos contar con él hasta septiembre.

Así que ya me tenéis a mí, Flanagan Detective Privado, echando anís en un carajillo de coñac, rompiendo vasos, haciendo salir humaredas tóxicas de la máquina de café y esparciendo patatas fritas por todo el bar al abrir una de esas bolsas infernales, que se rasgan de repente y a traición. (Soy un poco patoso para el trabajo de la hostelería). Hasta que mi padre me agarró de la oreja y me sacó del bar a trompicones:

—¡Anda, vete, vete al sótano a cargar cajas de cerveza y lárgate de aquí antes de que me arruines el negocio!

Me duché. Cambié mi chándal asqueroso por mis últimas adquisiciones de ropa, saqué brillo a los zapatos hasta que consideré que necesitaría gafas de sol para mirarlos sin deslumbrarme. Incluso me peiné. Me examiné ante el espejo, me aprobé con nota y fui en metro al encuentro de Nines.

El Tranvía era bar de neones de color pastel, mobiliario de formica, lamparitas sacadas de una película de los años cincuenta y camareras uniformadas de rosa con gorrito y todo. Llegué primero. Busqué la mesa donde Nines y yo habíamos estado haciendo manitas la víspera de Navidad y empecé a pensar cuál sería el tono adecuado para decir: «¿Te acuerdas?». Pedí un *Tropical frappé* sin alcohol y, en cuanto la camarera se apartó en dirección a la barra, descubrí a Nines, que entraba, me veía y se acercaba.

Bronceada de playa, con ese color de piel que hace guapísima a la gente en verano. Vestido verde, fresquísimo, de falda corta y con vuelo, con un detallito de marfil sobre el escote. Me dio la sensación de que súbitamente se había estropeado el aire acondicionado del local.

Pero, en el instante siguiente, reparé en el pájaro que la acompañaba y me quedé helado. Un tío rubio, tan bronceado como ella, con camiseta negra sin mangas, luciendo musculatura de gimnasio. Alto, desgarrado, algo encorvado, cigarrillo colgando del labio inferior, gafas oscuras.

Lo reconocí de inmediato. Se llamaba Ricardoalfonso y creía recordar que era, o había sido, novio de Nines.

Pensé: «Ya empezamos».